

# **Bienvenidos a Ítaca (El profesor se despide para siempre de sus alumnos)**

Luis Landero

Queridos muchachos:

Apenas me he puesto a preludiar algunas ideas para este discurso, cuando me ha salido al paso la inevitable experiencia del tiempo. El tiempo es nuestro mayor abismo existencial. La vida, ciertamente, como se viene repitiendo desde la más remota antigüedad, con una mezcla de resignación y de estupor, es breve. Diríase que la semana pasada yo era como vosotros, joven e invencible, y que ayer mismo llegué por primera vez a esta Escuela de Arte Dramático, y hoy de pronto me encuentro aquí, ya con las primeras sombras del crepúsculo al fondo del camino, hablando ante vosotros en este acto ritual de apertura del curso y de renovación por tanto de las ilusiones, de los proyectos, de la fe en el futuro, del pacto inmemorial del hombre con la esperanza y con los sueños... Pero del mismo modo que es inevitable encontrarse con esas palabras luminosas, llenas de anhelos y promesas, si miramos un poco más allá en el tiempo, vislumbraremos también los contornos de sus contrarias: la decepción, el tedio, el desánimo, la derrota. Y entonces me pregunto: ¿Qué será de vo-

sotros? Porque en el curso de vuestra vida tendréis tiempo para todo: para creer os dioses y para creer os mendigos. Para la esperanza y para la desilusión. Conoceréis el éxito y el fracaso, la plenitud y el vacío, la exaltación y la apatía. No nos engañemos: así es la vida, éstas son las reglas del misterioso oficio de vivir.

Pero recordad siempre, y en cada momento de miseria o de esplendor, que cada uno de vosotros es único. Así como nuestros rostros, o nuestras huellas dactilares, nos diferencian de los demás, también nuestro carácter y nuestro modo de ver el mundo son por fuerza distintos. Estamos condenados a ser originales. O dicho con menos énfasis y más exactitud: en nosotros está la semilla de la originalidad. De nosotros depende que arraigue y que germine, y que crezca y que se multiplique, o que se agoste y acabe dando apenas unos frutos raquíuticos. Se trata, en definitiva, de «ser nosotros mismos». En eso consiste la originalidad. Y ése es el secreto último del éxito. Éxito: he aquí una palabra que en nuestros tiempos se ha manipulado hasta la perversión. A todos nos gusta tener éxito en nuestras profesiones, claro está, pero no olvidemos que hoy día el éxito es una de las drogas más diabólicas y adictivas que existen. El éxito es relativamente fácil de alcanzar. Es una mercancía al alcance de mucha gente. A veces basta salir un par de veces en la televisión, o aprovechar los vientos favorables del arte del consumo, del arte efímero de usar y tirar, que concede a muchos sus momentos de gloria. Porque los mercachifles de la cultura trafican sobre todo con el presente, e intentan convertir el arte en algo meramente novedoso: es decir, en noticia, en fenómeno de actualidad. Y quien entra en ese juego, y conoce el fulgor del éxito, luego ya no sabe renunciar a él, y vive angustiado por el temor a perderlo, y trabaja obsesionado, y alienado, por ese monstruo ya insaciable.

Hay una palabra que a mí me gusta mucho y que la aprendí de niño, de labios de mi madre, y que encierra toda una filosofía. «Tienes que hacer las cosas con jeito», me decía mi madre. «Jeito» es una palabra que no existe oficialmente en castellano. Es una palabra portuguesa («jeitu»), y también gallega («xeito»), que significa «actitud», «gesto», «disposición» con que se hacen las cosas. Mi madre era campesina y vivía en la frontera con Portugal, allí donde las lenguas, en una especie de síntesis babélica, mezcla-

ban sus letras y sus músicas con un desenfado de lo más creativo y saludable. Y uno de los muchos términos que recuerdo de aquel contrabando léxico es justamente «jeito», así, pronunciado a la española. Creedme si os digo que es una palabra maravillosa, una construcción semántica comparable a una catedral gótica o a una locomotora de vapor, y cuya elaboración ha requerido siglos de civilización, de refinamiento cultural. Ser jeitoso (o «xeitoso», en gallego) es hacer las cosas bien por el gusto de hacerlas, no por un interés inmediato sino porque sí, por el puro gusto de hacerlas bien, de dar lo mejor de nosotros mismos, de otorgarle resplandor al instante, a los instantes que no parecían llamados a perpetuarse sino a extinguirse en la grisura del tedio, de la rutina, de la desgana de vivir. El niño que juega en soledad y se esmera en lo suyo, sin necesidad de ser mirado ni admirado, es una persona jeitosa. Y también lo es Sócrates, y con qué profunda levedad, cuando aprende a tocar un aire de flauta en su última noche de condenado a muerte. «¿Y por qué, maestro, si vas a morir en unas horas?» «Pues por saber algo más antes de morir». En algunas obras arquitectónicas de los viejos tiempos hay detalles magníficos en emplazamientos recónditos, medio secretos, que escapan a la mirada del curioso. ¿Para qué se hicieron entonces, y por qué tanto esmero en algo que nadie iba a mirar ni a admirar? «Porque Dios lo ve», decían aquellos artífices, que es tanto como decir que por puro jeito, por el sabio placer de hacer las cosas lo mejor posible, por colmar el anhelo de perfección que hay, o debería haber, en todos nosotros. Hoy se tiende a despachar todo deprisa y de cualquier manera, y a menudo por el ansia del dinero y la fama, y es una pena que, pudiendo ser «xeitosos», muchos opten por la vulgaridad de ser meramente exitosos. Cuánta razón tiene esa frase tan manida pero tan certera de que un sabio se recupera enseguida de un fracaso, pero un imbécil no se recupera nunca de un éxito. Seamos, pues, jeitosos, confiemos en nosotros mismos, y no intentemos gustar a los demás al precio de traicionar o malbaratar nuestro verdadero modo de ser, nuestra originalidad, nuestro mundo.

La búsqueda y la conquista de ese mundo propio, intransferible, es la tarea esencial del artista. Pero ¿cómo llegar a descubrir ese universo nuestro, ese yacimiento de oscuros saberes y de experiencias únicas que habita en lo más hondo de nosotros?

¿Cómo saber de dónde brota nuestro manantial? ¿Dónde ir a buscarlos a nosotros mismos? ¿Tendremos, como Ulises, que navegar por mil islas y salir airoso de innumerables aventuras para llegar a Ítaca, nuestra patria final? Sin duda. Cada cual es Ulises en busca de sí mismo. Ésa es la tarea esencial de la vida. Sólo que Ítaca no está lejos. No, ya estamos en Ítaca: sólo nos queda conquistar ese reino que se extiende a nuestro alrededor. Aquí están nuestras verdaderas maravillas: las sirenas, los cíclopes, y en nuestros trayectos cotidianos, en nuestro diario ir y venir, está contenido el viaje mítico hacia la tierra primigenia. Y es que, como decía Ortega, lo extraordinario y original no está más allá, sino más acá, en torno a nosotros, confundido con las horas más humildes de nuestra vida. ¿Queréis llegar a Ítaca y reinar sobre vosotros mismos? Pues bien, aprended a observar. Todo es interesante, todo es nuevo, cuando se mira con paciencia y con atención. Las cosas que nos rodean están por descubrir. Y es que vamos por la vida demasiado aprisa, sin fijar la mirada en las cosas. Y, lo que es peor, damos las cosas por sabidas. Nos encomendamos a la costumbre, que es el peor y más declarado enemigo del conocimiento.

Contra la modorra de la costumbre, la vigilia del asombro. Un artista (o cualquier persona medianamente lúcida y creativa, lo cual ya es mucho) es alguien que vive, y se obstina en vivir, en un cierto estado de asombro. De extrañamiento. Recordemos a Platón: el conocimiento es hijo del asombro. «Asombrarse, es empezar a entender». Luis Buñuel nos cuenta en sus memorias que se obligaba todos los días a inventarse una historia, al menos durante media hora. Como quien va al gimnasio para ejercitar sus músculos, él ejercitaba su imaginación. Porque, si no, como todo, la imaginación se marchita, se atrofia. Pues bien, así como Buñuel entrenaba diariamente el poder de su fantasía, del mismo modo debemos disciplinarnos en el asombro. No demos las cosas por sabidas. Vayamos directamente a ellas para conocerlas de primera mano. Valle Inclán de primera mano, el canto del mirlo de primera mano, Hamlet de primera mano, la música de las primeras lluvias del otoño de primera mano, nosotros mismos de primera mano. Estrenemos el mundo cada día. Libemos en la flor antes que en la miel. Seamos altivos y radicales en el afán de conoci-